



El Chispero

Semanario Antiflamenguista

Director = Eugenio Noel



El David, de Miguel Angel. Un hombre. Y basta.

Redacción y Administración:

::: Barquillo, 18, pral. :::

: Precios de suscripción :

Un trimestre 1,50 ptas.
 „ semestre 3 „
 „ año 5 „
 Extranjero, un año 7 „

Los que se suscriban por un año recibirán sin aumento de precio los extraordinarios de "Exposición de Arte,, de Navidad, "Educación de la Mujer,, y "Número de los Niños,,.

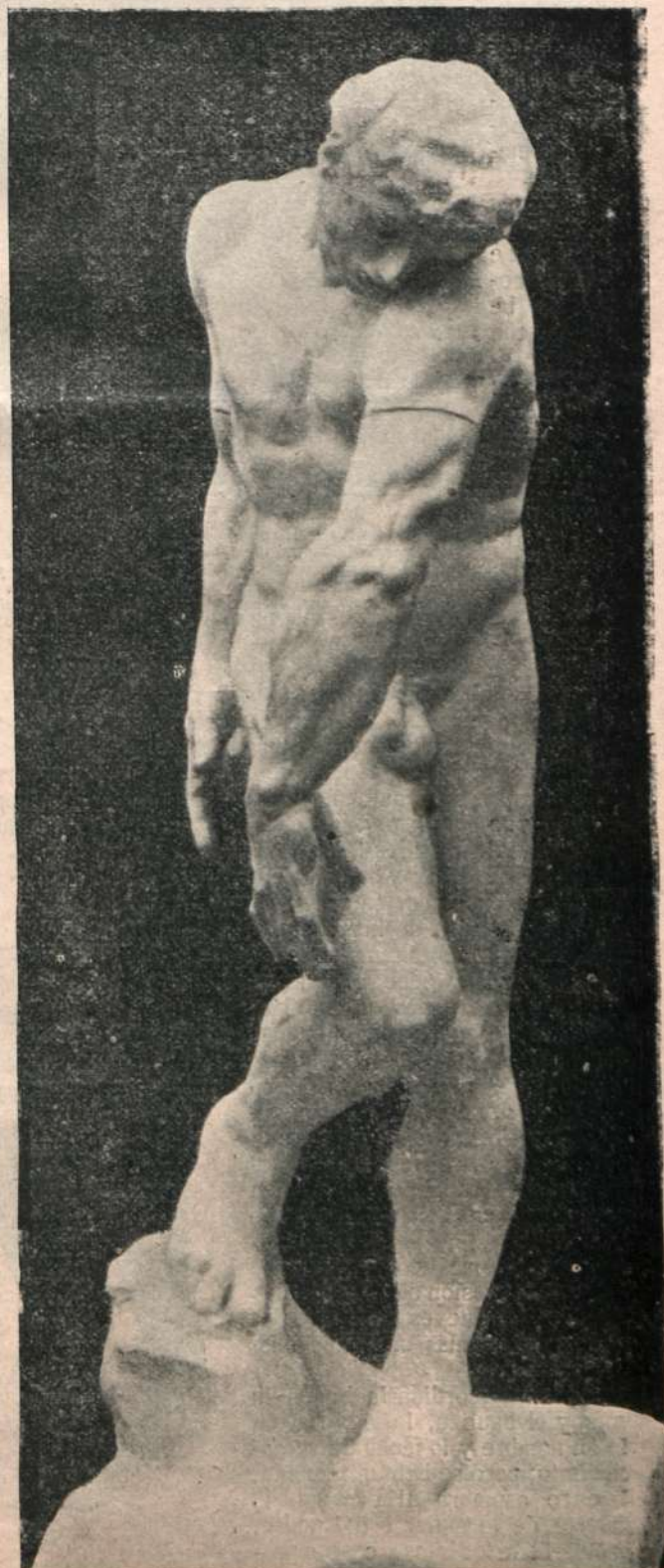
Diez céntimos.

::: Número quinto :::

del verdadero FLAMENCO.

Hño I. Núm. II.

:: 24 Mayo 1914 ::



El Adán, de Rodin. Otro hombre. Y nada más.



Obra de Zuloaga. — ¡Qué lástima! Los que ahí duermen ya no van a los toros!..

Lo flamenco, según el célebre y llorado D. José de Castro y Serrano.

¿Quién, si no, se atreve a decirnos cómo o por qué a todo canto y baile desordenado se le llama en nuestra patria flamenco?

Nosotros hemos estado en Flandes, y no hemos visto

nunca cantar ni bailar de esa manera. Las mujeres del país son morigeradas, trabajadoras y nada procaces, los hombres no se distinguen ciertamente por su movilidad, puesto que les gusta estar echados, y si algo tienen de común con el jaleo y la zambra, es la propensión decidida a emborracharse, bajo cuyo aspecto la flamenquería puede ser sinónimo de embriaguez.

Curiosos nosotros sobre este punto, tropezamos ha tiempo con las revelaciones de un testigo fehaciente.

Cierto andaluz, de Jaén, capitán de tercios españoles allá en el siglo XVI, vivió muchos años en

Flandes y observó las costumbres del país con una ingenuidad encantadora. Hombre que por lo visto manejaba el mandoble como la pluma, escribió una especie de memorias sobre el asunto, que aun cuando redactadas en español y no muy lisonjeras para los flamencos, son tenidas en los Países Bajos por obra clásica, y han sido publicadas en la colección de Documentos históricos de la Academia belga. El tal capitán no se anda en chiquitas, y pone a aquellas gentes de borrachos que no hay por donde cogerlos. Doliéndose de que los hombres dejen trabajar a las mujeres como bestias, mientras ellos descansan, pasa a examinar los pretextos que se toman en Flandes para beber vino. Bebenlo, dice, como es natural, en las fiestas, que son muchas; pero no se limitan a las fiestas civiles o de interés doméstico, sino que se beben la procesión del Corpus, las tirieblas del Jueves Santo, y, por lo común, los más sagrados misterios.

En la vida ordinaria beben la boda y el bautizo, la advocación de su nombre y la fecha de su nacimiento; pero se bebían también, y esto asombra al español, la muerte de la mujer o del padre, la muerte de los hijos y casi su pro-

pia muerte, pues al escapar de ella bebían en grande para celebrarlo.

Hasta tenían hecha su frase como disculpa a tan terribles libaciones: *beberse el alma*.

Al ocurrir, pues, una defunción en casa flamenca, se abrían las puertas de par en par, señalando con hierbas o alfombras el camino, según las proporciones de la familia, y todo transeunte tenía derecho a dirigirse a la cámara mortuoria, ver al difunto y beber cuanto vino o cerveza encontrase al paso, que siempre era en abundancia.

Los pobres preparaban un licor de salvado, padre de la actual cerveza, que, si no era del mejor gusto, embriagaba bien, de cuyas resultas, con más o menos medios y mejor o peor servida la muerte, ello es que con sólo

mún en varias regiones de España, singularmente en Andalucía; y a nosotros se nos ocurre preguntar: ¿Llevaron los españoles a Flandes estas costumbres, o las adquirieron nuestros compatriotas de los flamencos? La contestación parece clara: si los españoles las hubiesen llevado allí, ¿cómo pudo un andaluz, y militar, y algo aventurero, extrañarse, o, mejor dicho, asombrarse de contemplarlas? Lo natural es que fueran costumbres de Flandes y que los españoles las trajesen



Pasteur. Millones de hombres se deben la salud. Millones de ciudadanos, su fortuna. Hiciste el bien como el bien se hace. No hay ni ha habido en mi patria quien se te parezca. Pasteur y Lagartijo son incompatibles.

de allá, como trajeron el *trinquis*, que es voz puramente flamenca y de uso entre borrachos.

Sea de esto lo que quiera, cumplidos consignar, por ahora, que para definir el vocablo *flamenco*, podrá decirse: «Flamenco», toda palabra, acción o cosa que huele a vino.

Nose asusten, sin embargo, los admiradores del canto y baile andaluz. Nosotros los conocemos por naturaleza, los estimamos, por reflexión y nos

agradan por sentimiento. Afortunadamente, ese canto y ese baile no proceden de ningún país de bodegas: son orientales puros, y, por consiguiente, de regiones donde no se usa el vino. La cadencia armoniosa de la figura y garganta humanas, nunca más expresivas que en los pueblos bañados por el sol e inclinados al deleite de quereciben muestras por todas partes, reúnen a lo artístico de su forma, lo natural y profundo de su esencia.

En comarcas donde los pájaros son pintados y los árboles brotan mirra y las flores perfuman el ambiente y una exuberancia de calor derrama la fertilidad a manos llenas, no se necesitan viciados medios para que el canto y el baile traduzcan en su idioma las alegrías de la molice y los lamentos del placer.

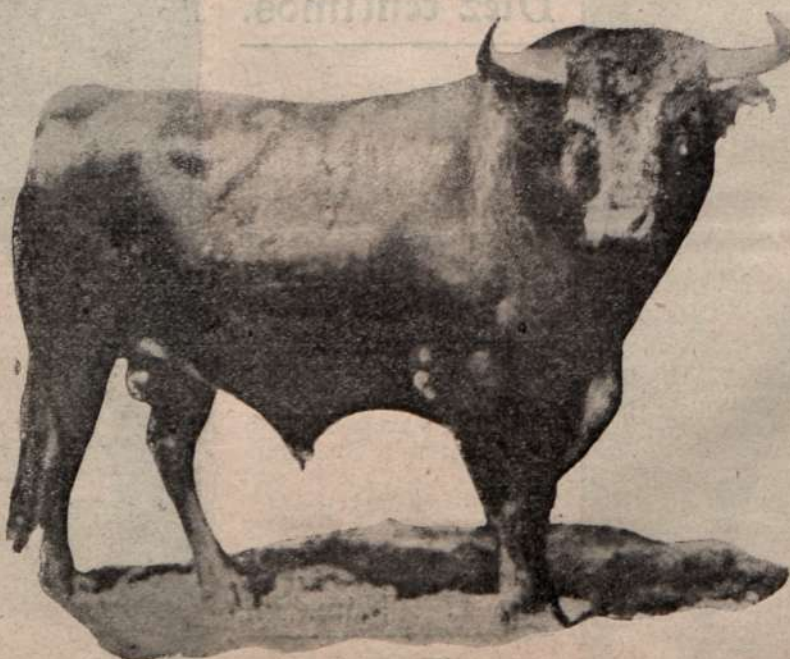
Nos gusta, sí, y nos embelesa el canto y baile andaluz; pero no nos embelesan ni nos gustan los andaluces asalariados que cantan y que bailan. Uná turba de ellos, después de todo, es lo que España ha remitido a la Exposición de París. La prensa periódica los recibió con alborozo, los corresponsales extranjeros se hicieron lenguas de su gallardía, y hasta muchos de nuestros compatriotas,



Cuadro de Scott. — He aquí cómo transportaban los heridos turcos después de una de aquellas trágicas batallas que Europa la Vieja no quiso impedir. No hay palabras para protestar de una barbarie tan asquerosa y fatal. Viéndola se siente haber nacido. Y todavía oís por nuestra patria aires heroicos y colonistas e imperialismos y lesis en la Prensa todos los días de la semana cantos de júbilo ante el espectáculo de esas Plazas de Toros donde se incuba el fantasma de la agresión, el espíritu fanfarrón de los *pasodobles* o *pasotriples*, la necia prestancia personal de los buscavidas, matones y aficionados a excitaciones del sistema nervioso. Cuadros como este son la acusación de la Humanidad y os avisan de que estáis a tiempo de impedir que la hidalga España no caiga en este abismo, al que vamos, y al galope, pues los toros dejan en los labios sabor de sangre y los ignorantes siembran en ella su instinto, su fin y su derrotero.

el servicio de los difuntos había sobrada ocasión de borracheras para los aficionados. En todas estas ceremonias báquicas se tocaba y cantaba hasta desternillarse.

Ahora bien; el lector debe haber reparado que mucho de lo descrito por el capitán es co-



Un angelito.



Una señora que se preocupó de las señoras y tuvo su estatua. Como las nuestras.

según dijimos antes, se regocijaban del ruido que los españoles estábamos haciendo. Pero ¿qué ruido es ese? — ¿Habéis presenciado alguna vez la aparición de los gitanos ante una concurrencia distinguida? Una gitanilla de quince años, con su muchacho a la cadera, la ropa corta y descalza, el pelo enmarañado, el seno a medio cubrir, los ojos expresivos, hincando en el concurso el aguijón de una malicia seductora, la sal de la palabra en los la-

bios y la sonrisa ingenua de la juventud en su tostado rostro, ¿habéis visto este espectáculo alguna vez?

Todas las simpatías se vuelven a la gitana; sus dichos son celebrados, sus cosas aplaudidas, cada cual quiere ser el primero a quien la Venus negra diga la buena ventura. Los dones se derraman sobre ella; pero ¿quién desea cultivar la amistad de la gitana? ¿Qué madre le daría su hijo



Una mujer del pueblo en un plebiscito femenino organizado por un gran periódico parisiense. Como nosotros. Aquí sólo se organizan las señoras para levantar iglesias o protestar contra los proyectos de ley que merman poderes celestiales.

La buena ventura. Los dones se derraman sobre ella; pero ¿quién desea cultivar la amistad de la gitana? ¿Qué madre le daría su hijo



Lo que vamos a referir es histórico. Gobernador de Bilbao. — ¿Usted es mujer u hombre? La torera-torero. — Hombre. Gobernador. — ¿Está usted segura o seguro?... La torera-torero. — A ver quién lo va a saber mejor que yo. Resultado: Que a estas fechas la Reverte es mujer y hombre y ningún torero — que yo sepa — ha protestado.



¡Arza, niña, que te va a ganar un piso!...

a la gitana? ¿Quién se honraría? esultar pariente de la gitana?

Pues una cosa así, pero no así, sino más fiera, que dijo el poeta, nos ha estado sucediendo a nosotros con nuestros flamencos en París. Si hubiésemos llevado industrias fabriles, artes liberales, descubrimientos científicos o sorprendentes invenciones, bueno y pase que enseñásemos también toreros y cantadoras; pero acusados públicos de nuestras ciudades bailan las familias con castañuelas y cantan con voz

aguardentosa, cantares provocativos, ¿cómo se les saca hoy de la cabeza que sus informes son exactos y esas



La gracia en la línea es la sal de la forma.

noran lo que es eso, no gustan de eso o les repugna eso?

Y tan positiva es esta ignorancia, que de seguro van a agradecernos la descripción, siquiera sea a grandes rasgos, de uno de los conservatorios donde se educa y obtiene sus primeros triunfos la juventud flamenca.

Figuraos un salón más o menos grande y más o menos sucio, a cuyo extremo superior hay un escenario como para comedia casera. En el primer tercio del local, o sea en sitio preferente, existen a derecha e izquierda unos jaulones de tablas, llamados palcos, donde se coloca la aristocracia del concurso; lo restante hasta la puerta y más allá, en pasillos y galerías de toneles, lo ocupa el pueblo. El alumbrado suele ser de candelas que lloran; los muebles, de madera sin pintar, y a veces sin fregar; los útiles para el espectáculo, mesas, sillas, copas y botellas; el olor, dudoso; la visibilidad, turbia.



Esta señora es una aviadora. Aviados estamos nosotros en eso de la aviación. Porque es lo que le decía un genio célebre a un torero famoso: — ¡Ay infeliz de la que nace hermosa!...



Después del fandango. (Título de un cuadro expuesto en los Artistas franceses). Rendida por el triptico, taconeos y desembuchos, era pobre española debe preocuparse de lo mucho que se trabaja cuando no se hace nada.



Belleza soberana de la línea de nuestra legítima, das al alma idea de una cierta felicidad nombre y sin objeto, que basta por sí sola para hacernos como la visión encantadora de un ideal no encarnado en realidad alguna.

Un aplauso de *¡oles!* y chocar de cañas de manzanilla advierte el comienzo de la función. Salen primeramente unos majos, como esos que se venden en las ferias, con calzones ceñidos, chaqueta corta, sombrero hasta los ojos y sin pañuelo al cuello; los cuales, con varitas entre los dedos pulgar e índice, y unas caras de mal humor de todos los diablos, han de dar golpes en el pavimento para hacer compañía a los rasgueadores de vihuela, cantadoras de rumbo y bailadoras de fama. Estas pobres mujeres, que de propósito hemos dejado para lo último, aparecen sentadas en fila semicircular, vestidas de colores chillones y faralares llamativos, con rostros muchas veces bellos, mirada siempre insinuante, actitud de precocidad fingida y un manojo de flores en la cabeza. Allí es del gorgear, allí del trinar, allí del dormir las notas hasta desvanecerlas en el aire; allí de adelantarse la bailadora, saltando del grupo, y retorcer caderas y cintura, nadar con los brazos, destornillar el cuello, volverse en redondo con desdén, o mostrar su graciosa pierna con coquetería.

Mientras tanto, el público, que atiende o no, pero que bebe de continuo como si atendiera, saluda el final de cada copla o de cada mudanza con bastonazos en las mesas, chistes de cualquier ley, *oles* y palmadas sin ton ni son; y convida a las mozas y majos del tabladillo, ofrece o pide obsequios a los adláteres aunque no los haya visto jamás, ennegrece la atmósfera con humo de tabaco de escasa habana; y vuelta a cantar lo mismo, y vuelta a bailar lo mismo, y vuelta a beber, no lo mismo, sino mucho más de lo mismo; hasta que a la media noche o después concluye la función no sabemos cómo, porque ningún espectador sensato ha incurrido en la candidez de esperarse al final.

Aquellas pobres muchachas, decíamos, nacieron con la mala fortuna de ser bellas, de tener gargantas y pulmones fuertes, cuerpos airoso, manos y pies chiquitos; todo lo cual las apartó del bastidor o de la almohadilla para entregarlas castañuelas y guitarras, concederlas requiebros prematuros, infundirles ilusiones de holganza y buena vida, ante cuyo espectáculo cantan y bailan a rabiar, adquieren modales groseros, se acostumbran a la incontinencia de comer y beber, perdiendo en pocos años la frescura de la juventud, la fuerza de los pulmones, la suavidad de la garganta, la esbeltez de las formas, todas las prendas femeninas, en fin, con las que tal vez habrían conquistado un buen marido y con las que sólo conquistan ahora una cama en el hospital o el triste oficio de conducir a otras pobres muchacha a la perdición.

Tal es, sin recargar las tintas, el cuadro del arte flamenco que de antiguo se cultivaba en ciertas comarcas de Andalucía, donde quizá era algo característico; pero que arrancado de allí, con mal acuerdo, para recrear castellanos y catalanes, gallegos y aragoneses, no ha influido sino en la ordinareiz de las costumbres, ordinareiz que con peor acuerdo todavía hemos sacado a lucir en la Exposición Universal.

Sólo el considerar que los pueblos semibárbaros eran únicamente los que llevaban canto y baile a París, debió retraer de sus propósitos a los promovedores de una idea que iba a

igualarnos con Egipto y la Nubia, con el Indostán y con la Sud-Africa.

En efecto, alrededor de la gran Exposición, y esparcidas por su parque, hay diferentes tiendas, no de napolitanos, con sus trajes pintorescos y su graciosa música, ni de húngaros, con sus gorras empenachadas y sus tacones de oro, ni de montañeses suizos o vendimia-

actitudes de una danza que fué seria en su origen y aun hoy es artística en su manifestación, mientras que nuestro baile y nuestro canto de ahora, con venir indudablemente del otro, han descendido al último extremo de la chabacanería.

Sí, nuestro estilo flamenco es chabacano; la mujer que lo emplea resulta procaz, sin gracia, lasciva sin deleite, desdibujada en las líneas de su cuerpo y en las facciones de su rostro; más que artista, parece una furia; huele a vino. Por eso los que la aclaman tienen que hacerlo con el chocar de copas y botellas; por eso en nuestro país, *aflamencarse*, va siendo sinónimo de encanallarse.

Hemos hecho mal en exhibir ante los extranjeros, y como costumbres españolas, esas que los españoles no aceptamos y de que estas humildes líneas son protesta. El majo y la maja no existen ya sino en la imaginación de los que quieren que existan; para fingirlos hay que vestir hombres o mujeres de máscara y enseñarles modales groseros.

El canto y el baile popular español no tienen, por fortuna, nada de común con esos hipios desentonados y esas contorsiones cancanescas de que se surte la flamenquería. Son sencillos en su estructura, graciosos en su expresión y picarescos, quizá, en sus accidentes, pero nobles y honrados, como ya dijimos, en su esencia y en su forma.

El zorcico vasco, las seguidillas manchegas, la jota de Aragón, y el propio fandango de Andalucía, se prestan lo bastante a las inflexiones de un talle esbelto, a las tiernas miradas de unos ojos dulces, al franco regocijo de almas jóvenes y puras, para quienes la voluptuosidad estudiada no ha hallado albergue todavía.

Para el Sr. Ministro de Hacienda.

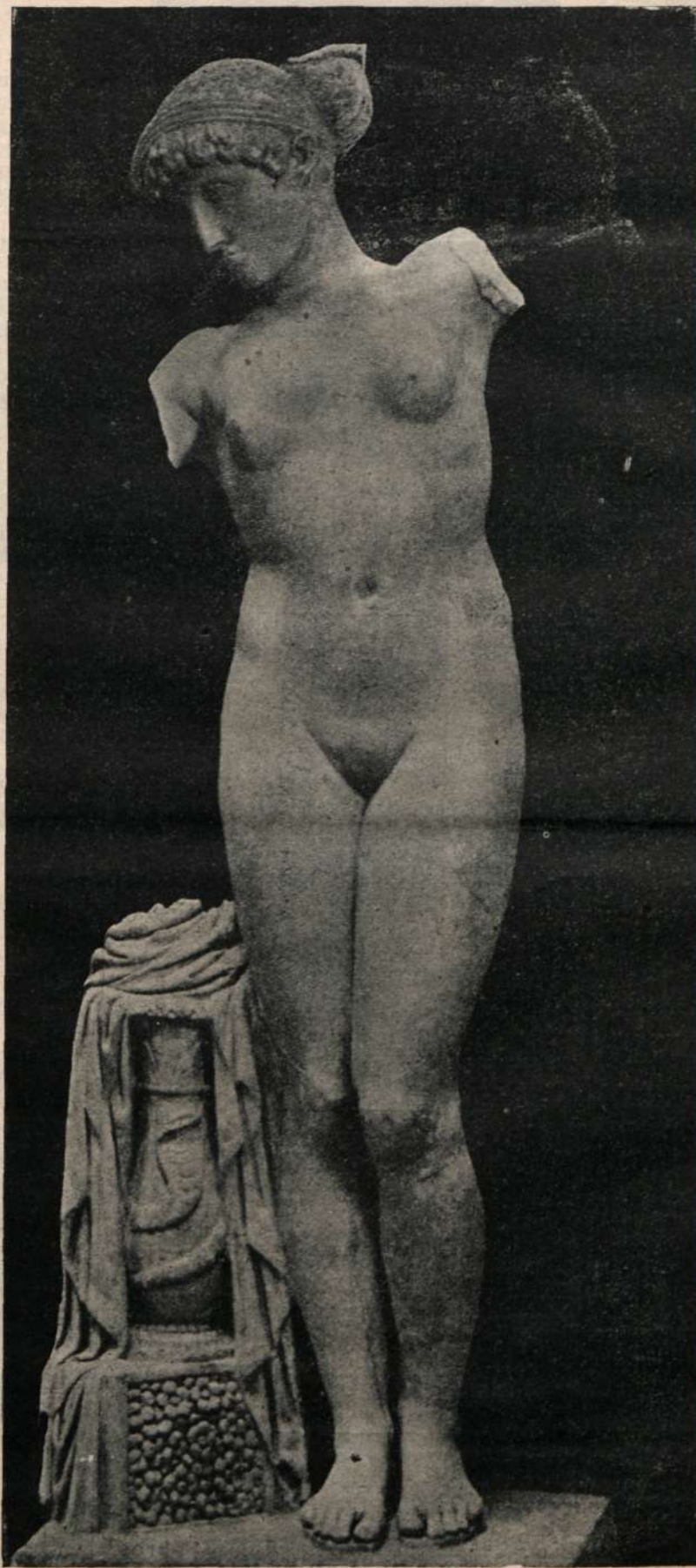
Las Empresas de toros defraudan a la Hacienda.
Los toreros no pagan el impuesto de utilidades que les corresponde.

Es mi deseo, admirado Noel, el de ayudarle en la nobilísima cruzada que se ha impuesto de desarraigar de las costumbres españolas la bárbara fiesta de los toros y su secuaz, la roña del flamenquismo, que es lepra que acabará con España.

Quede para usted la tarea de titán, que con tantos arranques y cultura desempeña, de hacer ver lo nauseabunda que la fiesta resulta, y los peligros que para la buena marcha de una nación entraña el flamenquismo. Yo, como abogado que soy, atacaré la fiesta por el lado del bolsillo, presentando ante los ojos del ministro de Hacienda—puesto que en España los ministros no se enteran de nada que pueda afectar a la buena marcha y administración del país—a las Empresas de plazas de toros

y a los toreros como defraudadores a la Hacienda.

Usted, señor Noel, siendo el rayo que llegue e intente despertar las conciencias de los españoles; yo, actuando de ojo avizor de la Hacienda pública, que no deje pasar las trampas a que apelan esas desaprensivas Empresas que no tienen más misión que la de enrique-



Tal vez esa Venus sea la escultura más bella que nos legaran aquellos griegos a quienes el Destino pareció revelar los secretos de la perfección humana. No hubo manifestación alguna en Grecia que no se dirigiera a lograr para el cuerpo la belleza perfecta. Sabían que si la belleza es la armonía, la armonía es la proporción entre los deseos que impulsan y la realidad que equilibra, Nosotros... somos nosotros.

dores griegos, sino de nubios, persas y etíopes, aullando de placer y mostrando sus carnes al desnudo, entre cuya familia se confunden los míseros flamencos españoles.

Y lo triste del caso es que las *almeas* y *bayaderas* de Oriente han conservado la gravedad y elegancia de su apostura, el fingido decoro de sus movimientos, las esculturales



Mujeres madrileñas en la Bombilla, según un dibujo publicado en la Illustrated London News.

cerse a toda costa, mantener el embrutecimiento del pueblo y defraudar de modo escandaloso al Tesoro.

El espectáculo de los toros, dentro de la clasificación para los efectos contributivos, está comprendido en la tarifa 2.^a del vigente re-

nidas, las certificaciones de actas, copias de balances y Memorias anuales, toda esa endeble base, fácilmente alterable, para la exactitud del impuesto de Utilidades que se presentan en las Empresas de toros, constituidas como Sociedades anónimas, de Hacienda tiene la facultad de examinar, cuando lo estime por conveniente, los libros de contabilidad que lleven los comerciantes,



Reducción minúscula de un cuadro de Ignacio. Dos niñas se atavian para ir a los toros a ver hombres, lo que para ellas debe ser el desmayo.

sas de toros es difícilísima de hacer.

Y a veis cuál es la estrategia a que se apelan los empresarios de toros para no contribuir en la cantidad que les corresponde.



Una mujer a lo Duucan lanzando el disco según el eterno modelo del Discóbolo de Mirón o el de Alcámenes. Comentario español: ¡Habrás visto ridículo!... De esas ridículas quisiéramos, algunos, dos millones.

glamento de la contribución industrial. La cuota que dicha tarifa asigna a los empresarios de tales espectáculos es la que venían pagando hasta que un empresario más vivo que los demás, encontró la callejuela para burlar el reglamento y no pagar ni un céntimo por contribución industrial.

¿Cómo se operó el milagro en detrimento del Tesoro? Muy sencillo: se simuló la constitución de Sociedades anónimas, y de esta manera las Empresas de toros, así constituidas, dejaron de tributar con arreglo a los preceptos del reglamento de la contribución industrial, para caer dentro del campo del reglamento de utilidades, facilísimo de burlar, y que burlan a su sabor.

La tarifa 3.^a de este último reglamento grava las utilidades procedentes del trabajo juntamente con el capital, y entre éstas están las líquidas obtenidas por las Sociedades por acciones. Actualmente todas las empresas de toros, o casi todas, son Sociedades por acciones.

Pues bien, las Empresas de toros, no contentas, en su desmesurada avaricia, con emanciparse del reglamento de la contribución industrial, se las arreglan de tal forma que no pagan nada por utilidades. ¿Cómo? Amañando de tal modo sus libros — en caso de que los lleven — que nunca aparece en ellos haberse alcanzado ganancia alguna. ¿Está esto claro?

De manera que las declaraciones juradas de las utilidades obtenidas, las certificaciones de actas, copias de balances y Memorias anuales, toda esa endeble base, fácilmente alterable, para la exactitud del impuesto de Utilidades que se presentan en las Empresas de toros, constituidas como Sociedades anónimas, de Hacienda tiene la facultad de examinar, cuando lo estime por conveniente, los libros de contabilidad que lleven los comerciantes,

como en este examen ha de atemperarse a lo dispuesto en el Código de Comercio, resulta que esta inspección es nula:

Primero. Porque tiene que pasar por lo que las Empresas digan.

Segundo. Porque de las disposiciones del Código de Comercio no se desprende categoricamente la obligación de los



Una indiscreción sicalíptica del humorista Gillraume, llena de sprit francés y que explica la entente franco-anglo-hispano-morisca. Sin esta explicación la entente sería inexplicable.

del referido Cuerpo legal son contradictorios y no disponen, bajo sanción penal, la obligación ineludible de los comerciantes de llevar sus libros y de exhibirlos.

De aquí que la verdadera liquidación de oficio de las utilidades obtenidas por las Empre-

pues de esas cien acciones, noventa y tantas figuran de propiedad de D. Zutano, que es el verdadero empresario, y las restantes pertenecen a unos cuantos señores, que son los que forman el las Sociedades anónimas se rigen por fuerza de la mayoría del Consejo de Administración de la mentida Sociedad. Y como de votos, de aquí que el poseedor de la casi totalidad de las acciones sea el verdadero empresario, el que hace y des-



La feminidad que se masculiniza es tan execrable como los masculinos permitiéndolo.



Un desnudo. (Obra de Zuloaga). Meritísima obra de arte, realizada con una simplicidad de medios que embelesa, no sólo enseña cómo pintan los hombres de genio indiscutible, dice cómo se ha de aceptar moralmente el desnudo. La lujuria estéril y presuntuosa no ha inspirado jamás otra cosa que torpes necedades. El arte sabe extraer del cuerpo la radiación de alma que parece envolverle como una atmósfera y convierte en serenidad e ideal de espíritu lo que, visto sin arte, es una provocación a los bajos instintos. ¡Olé los hombres filosofeando!...

al sostenimiento de las cargas del Estado. Fingen estar constituidos en Sociedades por acciones y amañan los balances de tal forma que nunca arrojan utilidad.

Al señor ministro de Hacienda le será muy fácil comprobar estos dos extremos que de nunciamos, y para ello no tiene más que pedir todas las Delegaciones de Hacienda una copia de las escrituras de constitución de las Sociedades anónimas [explotadoras de las plazas de toros y una nota del resultado de los balances del año último presentados a los efectos del impuesto de Utilidades.

Por las escrituras verá que las Sociedades anónimas son una burda mentira.

En efecto: suponíamos que la Sociedad consta de cien acciones al portador;



Una niña torera en actitud de... demostrar que un país que produce esto tiene que morir de gómito.



El asombro de ese caballo ante la fiera es un horror espantoso. Viejo, desarmado, inerme, ante la bravura ideal, ante el vengador de sí mismo, justiciero soberbio de su vida; ese caballo es la imagen de España el 1908, el 1909 y el 1914.

hace sin fuerza que le contrarreste, el antiguo empresario, pero ahora *sin pagar contribución como industrial que es*.

El amaño, el escarnio para burlar el reglamento de industrial está clarísimo y no hay que insistir más sobre él.

En cuanto a la nota de los balances, demostrará aún más esta defraudación que perseguimos, puesto que no figurará en ellos utilidad alguna o casi ninguna.

Que mande hacer el señor ministro de Hacienda un estado comparativo de lo que recaudaba el Tesoro por el concepto de espectáculos en Plazas de toros sometidas a la contribución industrial y lo que recauda ahora, en que todas las Empresas han aprendido la martingala de la Sociedad anónima, y tributan por utilidades, y verá de una manera palpable y abrumadora lo que el Estado deja de percibir.

¿Remedios? Uno sencillísimo: exceptuar a las Empresas de Plazas de Toros, bien sean particulares o Sociedades anónimas, de tributar por la tarifa 3.^a del reglamento de utilidades y *hacer que paguen por el concepto de industriales con arreglo a la cuota establecida*

en el vigente reglamento de la contribución industrial, en su tarifa 2.^a

Es triste que mientras el Estado español se ensaña de cruel manera en los pequeños comerciantes e industriales haciéndoles que tributen «por el mero ejercicio de una industria», sin atender a si se benefician o no con ella; es desgarrador que en tanto que a estos modestos luchadores de la vida les acocina con contribuciones superiores a sus fuerzas, deje un portillo abierto, tole-
re, por ignorancia falta de celo, que las Empresas que contribuyen a que se extienda la roña nacional, las Empresas de toros defrauden de manera tan escandalosa al Tesoro nacional.

Los señores diputados, esos señores que comen caramelos y visten levita, tienen ocasión de presentar una proposición de ley en el sentido que queda indicado.



El botiquín de los caballos de la Plaza de toros que inspira una amarga tristeza.

suelto verdad que los matadores de toros han percibido. Pues bien; todas esas declaraciones juradas



El verdugo inconsciente y la víctima tonta. Si ambos se explicaran por qué el uno mató, por qué murió el otro, ¡qué diálogo digno de Luciano, Quevedo y Leopardi! ¡Qué salvaje en la cara a un pueblo estúpidamente cruel!

presentadas por las Empresas de toros en las Delegaciones de Hacienda *son falsas*.

En nuestro país los españoles no sabrán ni el número de barcos de que consta nuestra marina, ni las cifras de ingresos y gastos de nuestro presupuesto, ni leerá libros instructivos; pero saber lo que cada torero cobra en cada plaza por desempeñar su profesión, eso lo saben hasta los niños de la escuela. Todos sabe-

mos lo que cobran Fuentes, Gallo, Gallito, Belmonte, etc. Bueno; pues que pida el señor ministro de Hacienda a las Delegaciones provinciales una nota de lo que los anteriores matadores cobran por función, según las declaraciones juradas de las Empresas; y se verá claro la burla que hacen de las leyes imposibles y el descaro con que mienten en las dichas declaraciones juradas.

¿Cómo dan visos de verdad legal a los sueldos de los toreros que figuran en las declaraciones juradas? De facilísima manera:

obligan a los toreros a firmar dos recibos diferentes. En uno consta la cantidad verdad que reciben por torear; en el otro, la falsa, la que le conviene a la Empresa para los



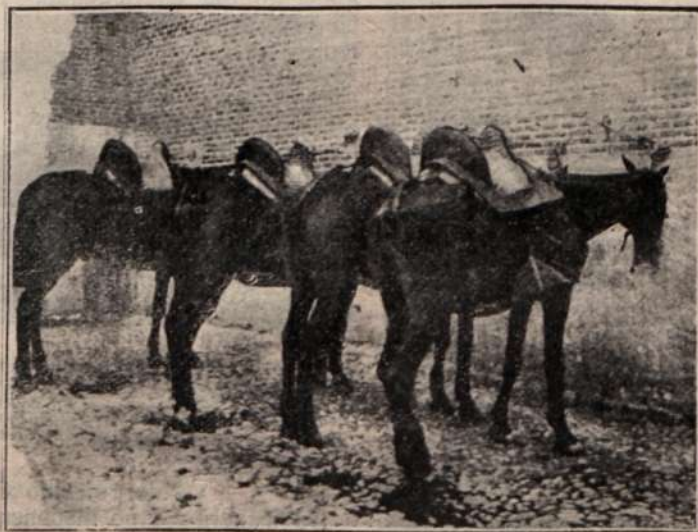
Cuadro que se exhibe en la actual exposición de arte francés. Unos caballos resucitan al sonido de la trompeta que los lleva a la gloria y a la muerte. Bravos, inteligentes, cómplices de nuestras miserables rencillas y luchas inmundas, esos caballos, que ya tienen por lo menos tanto talento como nosotros, se levantan para combatir de nuevo, para transportar sobre sus lomos a hombres que más tarde, como sucede entre nosotros, no se acordarán de ellos y los sacrificarán entre los más espantosos martirios.

Pero no es sólo de la manera que acabamos de exponer y demostrar cómo las Empresas de toros defraudan al Tesoro, sino que lo hacen también por otro concepto.

El reglamento de utilidades grava con dicho impuesto los sueldos de los toreros (tarifa 1.^a). La recaudación de este impuesto, que se hace efectivo por *retención indirecta*, corre a cargo de las Compañías, aquí las Empresas de toros, las cuales lo perciben en nombre del Estado y para después reintegrárselo. Base de esta reintegración son las *declaraciones juradas* que las Empresas están obligadas a presentar en las Delegaciones de Hacienda, expresando en ellas el



La curación de un mártir. ¿Pero es que no os da lástima esa escena? ¿Es que a fuerza de oír que los toreros heridos no se quejan durante las curas tremendas, vais a creer que estos animales—cómplices forzados de una diversión canalla—deben tolerar esos martirios, callando y aguantando, ¿mecha?...



Esperando el hule. Si oyeran esos brutos oírían de pronto el grito miserable: ¡caballos, caballos!... Y si entendieran esos brutos se dirían:—¿Qué bien o ideal les trae esa muerte tan trágica e indigna en la que se muere sin honor y hasta sin gloria?



La víctima camino del necio sacrificio llevando al victimario sobre sus lomos.

esto sin perjuicio de pasar el tanto de culpa a los Tribunales ordinarios cuando se aprecia que la alteración no ha obedecido a errónea o a excusable inadvertencia. En el caso que dilucidamos creo yo que nunca se podrá



Una de las figuras representativas de España. Hermoso cuadro de Zuloaga y vana manifestación de cómo invertimos al caballero en caballista.

alegar que la falsedad en las declaraciones ha sido hecha de una manera inconsciente.

¿Remedios para evitar esta segunda defraudación de las Empresas de toros? Como el método que siguen de hacer firmar a los toreros unos segundos recibos está bien pensado y tal vez embotaría la acción administrativa que se dirigiera en forma de expediente, recogiendo

efectos del impuesto de utilidades.

Obrando de esta manera, las Empresas de toros incurren en manifiesta defraudación, por alterar la verdad en sus declaraciones juradas y se hacen merecedoras de la multa de 500 a 5.000 pesetas que marca el reglamento de utilidades a los que de esa manera intenten defraudar al Tesoro; esto

en él las voces de la calle solamente, y a que los toreros, por su conveniencia, no querrían declarar el sueldo que realmente perciben, se me ocurre que lo más certero, lo que más se acercaría a lo justo, sería establecer para esta profesión el régimen de las *patentes* cobrando, a cada matador de toros un tanto por corrida que toree. Para ello se precisaría dividir a los toreros por categorías, cosa nada difícil.

Las dos soluciones indicadas me parecen las más propias para cortar la escandalosa defraudación que cometen las Empresas de toros.

Al señor ministro de Hacienda y a los diputados y senadores me dirijo, para que, en cumplimiento de su misión, no toleren que ni un minuto más detenten a la Hacienda las Empresas de toros, en tanto que los pequeños industriales hasta se quedan sin camisa para poder pagar la crecida contribución que sobre ellos pesa sólo por el hecho de abrir al público una tiendecilla que no tiene ni el valor de un morlaco.

Esperemos que la justicia se imponga y que los administradores del país sepan cumplir con su obligación.

Juan Pardo y Busto.

Admirable nos parece lo anterior, que, aparte las alabanzas dirigidas a Noeliyo y Meleñas, es un rasgo de civismo y una *puya en to lo alto*. Adelante con la campaña, Duro y a ceñirse como el verbo a la cuestión, que en este caso es, el negocio formidable que los vivos hacen



(Dibujo de Cerezo Vallejo.)
Una fantasía en la menor cantidad posible de simbolismo. La verdad pura. Ese picador conduce a España a la debilidad. Ese piquero—resto de los tercios famosos—se lleva a la pociencia a... que vea los porrazos que recibe y cómo los recibe.



Un cuadro sentimental. El caballo de un herido no se quiere separar del amo y lo lame, ¿qué cursi es ese caballo! ¡Habrás visto ridiculez! Mire usted que ser agradecido en los tiempos que corren!...

ciones. Recordamos que Amalio Gimeno quiso imponer al importe de las entradas un tributo para instrucción, y no pudo lograrlo. Todos los más nobles esfuerzos se estrellan contra el negro poderío de empresarios y ganaderos. Sabemos que muchos de estos últimos son duques, condes, palatinos, consejeros de Estado y grandes de España, pero la ley es ley, y la ley se impondrá como sea. Puesto que la *fiesta nacional* es el más saneado de los negocios, ataquemos las infracciones, las ocultaciones, las estafas a la Patria y los manejos sucios en la sombra, la repugnante impunidad de los vagos que beben en el inagotable manantial de las corridas...



Una extranjera a caballo sobre un ídem que tuvo la suerte de no nacer en España.



La hazaña de un toro. Caballo, hombre, barrera y el diluvio. Sabed, si os da la gana entender, que esa fuerza, empleada en algo más útil, sería una fuente de riqueza, de humanidad y de vergüenza.



Un toro real de cinco o más años arreando tela. Goya nos dejó este rasgo de bravura sin duda para que comparáramos dos épocas. Los toros de hoy son más hábiles y procuran hacer poca pupa en agradecimiento al mímico con que se les trata en las dehesas a costa de un millar de labriegos que por ellos se quedan sin suelo que labrar.

El margen de la lucha contra el flamenquismo.

Cuando un español recibe una herida moral, una desilusión, una de esas convulsiones que él en su *caló* sentimental llama *chascos*, acude prontamente a su remedio. No se enmienda, ni mucho menos deduce consecuencias o medita en las causas, sino que, acordándose de los benditos libros de caballería, se cura él solito por arte de magia.

Es cierto, indudablemente, que si un descomunal gigante es partido por la mitad de un cinturazo o revés de mandoble, es cierto, repito, que untando las dos mitades con el bálsamo de Hierabrás se unen tan perfectamente que ni el microscopio ve las junturas.

Los españoles sabemos esto muy bien, y he ahí la causa por la que nada nos importan los fracasos y las derrotas. Estamos curados de antemano. Y así como nos ponemos un escapulario sobre el corazón para preservarlo de los golpes que nosotros mismos buscamos, así también creemos en la eficacia de ese famoso bálsamo aun después de las no menos célebres vomitonas de Sancho. Este bálsamo se compone de un determinado

jugo de adormideras y un principio de razón suficiente que hace las veces de precipitado. Por si no entendéis tan extraña mixtura, figuraos, si os da la gana, cierta árnica moral y cuchufletas en polvo, y ahí tendréis el *mcnjurge*. Si aun así no lo comprendéis o no queréis entenderlo, imaginaos que pueden aplicarse al alma herida o espíritu fracasado las burlas, las sandeces, la ironía repulsiva, la risa cómica, y ahí tendréis cómo enmendamos nuestros yerros. Cuando un torero —estos señores son la medida de todo y el término de comparación obligado en España— es volteado por el toro, se levanta del santo suelo encorajinado, se muerde los labios, babea y se *come* al pobre animal, echando los hígados o cosa por el estilo, aunque tal alarde de tenacidad irreflexiva no sea en puridad sino un nuevo reto al fracaso y a la vergüenza.

Cuando un español fracasa, ni siquiera se mira la *taleguilla*. Al contrario; es encantador y confortante ver cómo el *angelito* llora de rabia y arrea una en las propias péndolas que hay para comérselo vivo o en su propia salsa.

Si de la herida mana sangre, aquí del bálsamo. Se aplica sobre ella un emplastro de risa. Bromeamos sobre la herida. Cicatrizamos nuestros males echándonos en cara nuestro error como si el daño no viniera de exceso de ignorancia e infantilismo primitivo y grosero.

Si un niño da por castigo una patada a una piedra que le hiere al caer, el caso conmueve. Pero que un español de tomo y lomo, barbudo y vil, haga lo propio con las circunstancias, nos entristece. Las filosofías de nuestros desastres son curiosas.

Consisten en patear, jalear, prorrumpir en exclamaciones histéricas. Llevamos nuestros males al bordón de la guitarra, y con una facilidad deliciosa, un si no es salvaje, convertimos una paliza en un acompañamiento de *soleares*. Nuestra tan decantada sobriedad, madre de todas las infastas leyendas de la raza, nos proporciona ese bálsamo. Podríamos enmendar la oda al justo de Horacio, colocando en su lugar a un español: estad seguros de que la ruina del mundo lo cogería cantando, sin sobresalto ni *canguelos*.

Reflexionar acerca de un fenómeno, extraer del hecho enseñanzas positivas que aminoren los daños si no pudieron precaverse, toda esa magnífica labor cerebral de las personas sanas, eso no reza con nosotros, con nuestra sobriedad. ¡No faltaba más que entre garse a la desolación y al espanto!... Las tormentas se desarman con la risa y la ayuda de Dios.

Habéis de saber que «Dios» entra, por lo menos, en dos terceras partes de ese bálsamo. El español confía en Dios por instinto y por pereza. Dios es, según su imaginación, un buen señor que no tiene otra cosa en que ocuparse que en ayudar a los españoles. Hasta

el punto de que si así fuera, si Dios atendiera a los españoles o los hubiera atendido en el curso de su historia, no le habría quedado tiempo de ocuparse de la Creación o de los demás mortales. Sin embargo, la verdad de lo sucedido es semejante al cuento del célebre diálogo de Luciano, en que Júpiter oye las oraciones de los hombres por una criba. Dios entra en el emplastro o bálsamo. Y eso satisface a los españoles, tan



El Pensador, de Rodin. Francia colocó delante del Panteón, donde descansan sus hombres más ilustres, este bronce que piensa, que revela como fuerza al pensamiento. España no le ideó porque juzgamos que el pensamiento creador es un don, que la inteligencia es un espíritu alto o santo derramado sobre extraños privilegios. Ese bronce de pensamiento no es ya el *Molise* de Slater, ni el *Molise* de Miguel Ángel, ni el *Pensador* de la capilla de los Medici, es la imagen de ese talento contemporáneo que es tierra y alma en amalgama portentosa de trabajo y paciencia. Luz y sombra nuestro pensamiento, aspira a lo infinito desentrañando del misterio poco a poco y a la fuerza, y con esfuerzo, el dato, el sumando que ha de provocar el hallazgo feliz definitivo. Negada España al álculo por su impulsiva concepción de las cosas, no ha engendrado ese bronce que es el orgullo de todo un siglo, 17 del XXI... ¡de ese siglo que será conocido por el siglo de las ideas-fuerzas!

enamorados de la providencia. Recién salidos de un fracaso merecido por la ignorancia o la mala intención con que le provocamos, sacamos de las alforjas el consabido bálsamo, nos untamos con él y como *mano de santo*.

Este sombrío trabajo nos está consumiendo hace tiempo, hace siglos, sin que nadie llame la atención sobre él, sin que nadie lo excrete o lo escarnezca. Ha caído en gracia la sobriedad española, esa facilidad de recibir palos y puñaladas sin

morir del todo, esa anchura de espaldas típicamente nuestra. Seguros de sanar, lo mismo nos da el fracaso que el éxito. No vemos en ese monstruoso juego el fantasma de la inacción, de la incompetencia. Acostumbrados a obrar al azar, a improvisarlo todo, no queremos darnos cuenta de nuestra abyección moral. ¿Que nos parten por medio? Pues nos unimos y en paz. ¿Que durante ese tiempo no se avanza, no se progresa? Pues

nuestro pueblo es considerar la admirable primera materia de pueblo que en él hay. Sus cualidades de carácter son excepcionales; el misterio de su supervivencia después de las catástrofes incesantes, un verdadero asombro. Quien lo estudia lo ama; se puede odiar a un alemán, dudar de un francés, irritarse contra los tiosos hijos de Inglaterra; al español hay que amarlo, hay que quererlo, como dicen los flamencos. Hasta en sus vicios más encanallados y universales, cuando ese pueblo parece enterrarse él mismo bajo su propia grosería y descomposición, entonces veis brillar algo que os llama la atención, un rasgo único, un diseño de temperamento como ningún pueblo de la tierra lo tiene. Por eso cuando le sorprendéis, cuando descubrís entre tanta impureza y tanto escombros ese rayo de luz, entenebrece el alma en vez de iluminarla con resplandores de optimismo. ¿Por qué?... Yo ignoro por qué, yo sólo acuso el hecho. ¡Sueña uno con cierta España tan grande fundada en esas buenas cualidades, que al verlas tan abajo, tan en el fondo, sin que interesen a nadie, la compasión y la congoja dominan al observador!

Un hombre de Estado genialísimo habría de examinar minuciosamente, provincia por provincia, nuestra raza; y así como se han unificado religiosa, política y hasta etnológicamente las naciones, así ese hombre de Estado unificaría el carácter ibérico en una sola voluntad y en un solo esfuerzo. Eso es posible y eso hace falta. Las naciones no tienen destinos providenciales que cumplir; si no progresan con elementos propios, se corrumen en su propia esterilidad, y aun cuando importen del extranjero la riqueza, las leyes económicas son fatales, y a mercado invadido, mercancía señora. Las naciones, pues, amenazadas de ruina inminente, no tienen otro recurso que estudiarse, sorprender las buenas cualidades fundamentales que posean, desarrollarlas con rapidez y sobre seguro e imponerlas. Se puede tomar al extranjero todo menos el carácter, el temperamento.

Por otra parte, el extranjero, que sabe bien el valor de esa originalidad, lo defiende bien y no vende de él sino los productos, guardando bajo siete llaves la fórmula. Los que creyeron necesario para la moralización de la Humanidad demostrar que nada hay más fatal que la idea de Patria, equivocaron el concepto con el de frontera, se imaginaron que los montes de las divisorias fueron colocados por los países y confundieron el espíritu de la cuenca de un río con la Aduana y al indígena con el carabinero.

Si cada organismo dentro de la ley universal de unidad de constitución es independiente, diverso, autónomo y vario; si cada individuo, espiritualmente dentro de una ley general de armonía psíquica es un hombre, es él y nada más que él, la casa que habite ha de parecersele, la familia ha de



Otro detalle de la fiesta nacional cuando aun conservaba lo caballeresco heroico. Lo caballeresco heroico sería divertirse sin matar a un animal tan útil como el toro, el caballo, y a veces el lidiador. Lo caballeresco y moderno sería enviar a los juegos olímpicos de Berlín en 1936 un equipo de hombres que nos trajeran el premio de la corona de laurel. Pero ¿quién se da a caer con lo el equipo es la Patria...

inspirarse en él, ha de imprimir a las cosas con sus actos algo de su imagen, algo de su semejanza. Antes se estudiaba a la muchedumbre; ahora se estudia al hombre; antes los oradores deducían de la Historia Universal una ley, hoy se busca esa ley en el ambiente; antes se decía todos; ahora se dice uno. Conforme el cerebro humano va ampliando su ciencia positiva, comprende que es necesario particularizar. Es preciso amar a la Humanidad en el hombre. Los que gritaban y predicaron un amor al universo, un comunismo naturalista, una igualdad absoluta, no habían soñado un siglo como el nuestro en que las cuestiones se han ramificado y dificultado de tal manera, que la vida de un solo hombre ni para él mismo se basta. El hombre puede soñar lo que quiera, es libre, muy libre de hacerlo; pero al realizar un ensueño cualquiera, por minúsculo que sea, vemos con estupor cómo se defienden las cosas y las personas. El obstáculo no es nube; el problema no es un poema; la utopía es santa, mas la santidad ha de humanizarse, encogerse todo lo más posible, ver la manera de cultivar un pedazo solamente.

Necesitamos que España se vea, se observe a sí misma hasta con crueldad para que pueda definirse como nación y como carácter.

Eugenio Noel.



He ahí un picador ideal inmortalizado por Don Francisco. El que hace de caballo, sin él queriendo, ha producido la crítica más acertada de la celebratima y bestial y asquerosa suerte de varas. O los picadores daban librar siempre-óido bien, siempre - a sus cabalgaduras o ese hombre-jamelo afirma mi creencia de que esa suerte es un embrutecimiento de la masculinidad.



La bonita suerte del merengue o hinchamiento por brutalidad. Mechar con limpieza un toro debe ser difícil por lo menos tanto como convencer a los que viven de los toreros que dejen de insultarme y hagan algo por su Patria. Es lo menos que se puede pedir a quien vive de la bestialidad ajena.



La entente franco-inglesa. Salada caricatura de ese acuerdo que nos toca más cerca que los cuernos a Belmonte. ¡Oh símbolo!

De nuestro matonismo.

(Continuación.)

La horrenda faca, el puñal buído, el estilete, el estoque, completan esta colección de horrores. Es el arsenal de la matonería andante.

Las armas éstas excitan a la brutalidad y la

violencia, no sólo por sí mismas, sino también por las leyendas sobre ellas grabadas. «Existe una rara literatura, ¿cómo la llamaré?, *matonesca*, que se manifiesta en la hoja acerada del puñal o de la navaja. He ahí alguna sustanciosa muestra: «Sirvo sólo para mi dueño»; «No me saques sin razón ni me envaines sin honor»; «Soy español»; «Amor y patria»; «Salud y pesetas»; «Viva mi dueño».

¿Cómo no ha de ir causando su efecto

poco a poco esta acción constante sobre quien se halla a todas horas y por todos los lados sometido a su influjo? ¿Y cómo no ha de constituir la guapeza y la arrogancia, con su inexcusable acompañante la criminalidad brutal, una ver-



Uno de los mártires del 98 y uno de los que avisaron, con un siglo de anticipación, que nos iban a dar una paliza que no iba a tener fin. Siquiera por la sangre generosa de este héroe no olvidéis la paliza que el 98 nos dieron al son de la marcha de los caracoles, vulgo de Cádiz, hoy del Gallo.



Felipe II en el Escorial (cuadro de Laurens, 1914). Hoy que está de moda el comerse crudas a las personas no estará de más recordar al que como vís tenía cementerio propio y catalogadas las víctimas. ¡Cuántos cementerios andan por esas calles que se creen Felipe!

dadera endemia? La literatura «navajil», matonesca es el reflejo de una mentalidad matonesca, de un ambiente saturado de matonismo, donde predominan sin contradicción las a llevar



Don Casto Méndez Núñez, un barbón a quien su Patria le hizo seguidas dos marranadas. Primera; no hacerle caso. Segunda; anteponer el nombre de un torero al suyo y dejarle morir como a un perro mientras España entera pendía de la huida de un bitongo.

constantemente consigo

concepciones, las ideas los dichos, e *folk-lo-re* matonesco.

Cosa corriente en nuestro pueblo es que los chicos empiecen desde bien temprano, aun desde los 10 años y antes, navajas.



Monumento a un mártir. Por no saber una palabra acerca del colonismo sacrificó España este médico romántico. ¡Oh, que haya un médico de menos que importe a la increíble España, chala más que el menegue!

puñales, pistolas y otras armas, para hacer

uso de ellas, como los mayores, en caso de riña con sus compañeros, o en cualquier otro. Les incitan y hasta obligan a ello muy frecuentemente sus mis-



Gambetta. Un hombre semejante a los está haciendo falta. No hay en mi partido un hombre que pueda realizar la labor de este patriota y esa labor está haciendo mucha necesidad.

mos padres, ya con el propio ejemplo y la propia conducta, ya con consejos bien explícitos y terminantes. «No te dejes pegar nunca — les suelen decir —

antes de que te peguen, pega tú; sino puedes con los puños porque tu adversario sea más fuerte que tú, lerompes la cabeza con una piedra o le sacas lastripas. A casa no vengas llorando; el llorar no es de hombres, es de cobardes; para un guapo,

otro mayor; antes las tripas fuera que llorar.» Con esto, y el constante espectáculo de lo que a todas horas están viendo que ejecutan los hombres, a quienes ellos procuran imitar, por tendencia bien conocida, raro es el muchacho que no se juzgue autorizado y obligado para hacer, cuando la ocasión llegue, lo que pueda por quedar victorioso y encima; rarísimo el que se comporta con mesura, moderación y prudencia. Estas cualidades se confunden con la cobardía, y lo que hay que ser, ante todo, es valiente. ¿Por qué extrañarse de los crímenes sangrientos que cometen a menudo los jóvenes, y aun verdaderas criaturas?

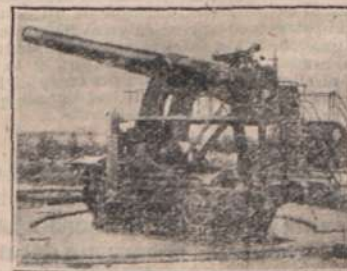
Parece también como si las diabluras y las travesuras fueran absolutamente necesarias a la infancia y a la juventud; los mayores pedimos que las cometan, confundiendo las muy frecuentemente con la jovialidad, la espontaneidad, el retozo, el ansia de vida, de movimiento y expansión. Búrlanse los chicos a cada paso de los viejos, de los inútiles por cualquier causa, de los ébrios, confiando en que no podrán darles alcance, y cuantos presenciamos el agravio lo vemos con gozo, si es que no cooperamos positivamente a él. La destrucción sistemática de árboles, plantas, puertas, asientos públicos y demás, y la persecución cruel de toda clase de animales, sobre todo de pájaros, son, entre los muchachos, el pan nuestro de cada día, y los hombres, si no les alentamos, como sucede muchísimas veces, para que realicen sus ha-



Durante las fiestas y banquetes de la pasada estancia en París de los Reyes de Inglaterra nuestros amigos los franceses imprimieron esta simbólica cartulina. ¿Por qué no entrarán los Reyes de Inglaterra a Madrid? ¡Chí lo sé!



Otro mártir del 98. Memoria, memoria y memoria. El 98 es un libro de resurrección. Pensad que es preciso no olvidar aquel 98 en cuya fecha nos dieron tal paliza que sin el Barranco del Lobo sería la más memorable que por bruto ha recibido país alguno. ¡Jamas caída de piendor ha sonado tanto.



Uno de los cañones del Canal de Panamá que arroja proyectiles de más libras que toda una ganadería. El Canal se le ocurrió a un español hace siglos... pa na más que ocurrirsele. ¡Chistecitos... tristes!

lo acontecido y con decir, encogiéndonos de hombros: «cosas de muchachos».

Y los muchachos siguen su camino, es decir, la formación de su espíritu de destrucción, bravura y guapeza, que, en su día, cuando ya no nos acordemos de lo pasado y de que nosotros hemos contribuido a formarle, dará, naturalmente, sus frutos. Casos hay en que las víctimas de ese espíritu somos nosotros mismos, y entonces, apreciando el hecho de modo distinto que cuando el mal recae sobre otros, reaccionamos por nuestra parte violentamente contra el niño y provocamos la intervención violenta, también, de sus padres o allegados, quienes, indefectiblemente, han de disculpar, ya que no defender como bueno, lo hecho por su hijo o protegido, con lo que se originan frecuentísimas escenas de lucha y brutalidad, en que se trata, como en todas las análogas, de quedar encima y de hacer morder el polvo soberbiamente al adversario. ¡Un ejemplo más para edificación de la juventud!

Con este bagaje de ideas, sentimientos, enseñanzas y prejuicios, respirados a toda hora y bajo toda clase de formas, hacemos nuestra entrada en el mundo de los hombres, de los «grandes», en el mundo «de verdad», distinto del mundo simplemente «provisional» y «preparatorio» de la infancia. Y en ese nuevo mundo no cambiamos, sino que seguimos iguales que antes, o más bien peores. El peso muerto que traemos a la espalda, y del que no nos hemos desprendido, sino que, al revés, ha ido acrecentándose de día en día, se refuerza ahora de un modo extraordinario. Si antes nos conducíamos como muchachos, ahora ya hay que conducirse

como hombres, pero sin cambio alguno en la orientación; quiere decir que hay que saber ser siempre y a toda costa hombres «de pelo en pecho», hombres «de alma», de valor, valientes, que no se arredran ante nada, que persiguen el éxito y el triunfo a toda costa. Con más obligación que cuando muchachos, hay que

ser bravos, llevar siempre armas para usarlas en todo evento, porque «hombre prevenido vale por dos», y no dejarse amilanar nunca. «Al que se hace de miel, se le comen las moscas». No todo lo contrario: arrogantes y fieros ante todo. Las coplas populares nos lo están enseñando con claridad:

Echala tú, que eres majo,
y tú, que eres atrevido.
Más vale estar en la cárcel
que en el hospital herido.

Ya te dicho corazón,
que no me seas cobarde,
que en llegando la ocasión
la primera es la que sale.

Y con las coplas y dichos populares, todo un conjunto de otros influjos, tan poderosos y constantes, que no hay modo de sustraerse a ellos. Los obedece uno sin repugnancia alguna y hasta con complacencia, como si se tratara de cosa naturalísima y obligada. Así es que, por una causa insignificante, o por mero deseo de brutalidad, se encienden con frecuencia luchas mortales entre individuos o entre grupos: hay que saber «quién moja a quién la oreja» y «quién no se lo deja mojar», «quién se atreve a pasar la raya», o a cortejar a Fulana, o a bailar con ella, o a rondarle la calle, o a hacer lo que yo hago; hay que saber qué pandilla de mozos de las que en el pueblo existen, o qué harrio de éste o cuál pueblo de los rivales «se lleva los gatos al agua», es decir, cuál de ellos cuenta con mayor número de valientes y es capaz de poner la ley al otro o a los otros.

El ansia esta de quedar siempre encima como dominadores, de salirse uno con la suya, y el consiguiente ejercicio de la bravura y la brutalidad se hallan tan generalizados y arraigados entre nosotros que somos matones hasta en los actos pacíficos.

Dorado Montero.
(Concluido.)



Dibujo de Cerezo.

Primera y segunda parte de los tangos que cantan ciegos y largos de vista en las esquinas de las calles y plazas.

(Editadas en la Imprenta Universal, Travesía de San Mateo, 1, y originales de autor anónimo).

Machaquito, el aplaudido torero que aplausos y pesetas con Bomba compartió, y porque su mujer más no lloró y pensar sólo en ella, la trenza se cortó. Aprendió de niño las suertes taurinas toreando a las vacas en el campo, haciendo bastantes veces de capote su camisa.

Joselito, el muy colosal torero, a quien todos le llaman el gran Gallito chico, con Belmonte, su digno compañero, son hoy los que toreando nos atontan el sentido. Cuando ellos torear yo empeno la cama, que es mi dicha más grande ir a aplaudirles, aunque solo coma sopas toda una semana.

Joselito Gómez, el Gallo chico, que es hijo del torero que se llamó Fernando, con su estoque y capote hace unas cosas que al público entusiasman, el cual le come a aplausos. Y es tan saleroso el Gallito chico,

que las hembras que van a la corrida sus corazones se dejan siempre en él prendidos.

Juan Belmonte, el torero de más fama, hace muy poco tiempo de Méjico volvió, y allí pudo, lo mismo que en España, ganar muchas pesetas con su arte y su valor. Y en Méjico supo el diestro Belmonte, con la brega que él sólo sabe hacerla, dar honra a su amada España y alcanzar renombre.

Juan Belmonte, que se trae un torero tan bonito y valiente, que a todos nos gustó, y que al verle Machaquito y el Bomba al punto se marcharon, diciéndonos adiós, ha puesto en el arte una fe tan ciega, como el bravo soldado que idolatra y ofrenda con la vida su patria y su bandera.

Si a Belmonte llevarán a Marruecos para que los rifeños le vieran torear, yo aseguro que pronto allí la guerra

que nos cuesta tan cara, se había de acabar, pues todos los moros se entusiasmarían, y al mirar la bravura de Belmonte, gritarían: ¡Viva España! y ¡Olé por Sevilla!...

Quiera Dios que cien años Juan Belmonte conserve facultades y pueda torear, que él es sólo lo bueno que de España en los tiempos actuales nos va quedando ya. Más que Pablo Iglesias da ruido Belmonte; tiene más pelendengues que Soriano, y sabe más de muleta que el gran Romanones.

Machaquito, durante muchos años, compartió con el Bomba la gaita y los aplausos, pues Rafael desde que era muy niño demostró ser un torero pundonoroso y bravo. Muy graves cogidas tuvo Rafael, y al momento de curarse las heridas sabía Machaquito ganarse más cartel.

Veintisiete cogidas tuvo el Bomba y siete Machaquito

durante su afición, y en el año mil novecientos cuatro ciento y una corrida el Machaquito dió. Y en toda la historia del arte taurino hay torero que en una temporada haya dado las corridas que dió el Machaquito.

El valiente Ricardo Torres Bomba, que fue pundonoroso y célebre torero, al notar que algún público es ingrato acuerda retirarse, dejando buen recuerdo. Y aunque le suplica toda la afición que de su pensamiento al fin desista, el diestro con firmeza dice a todos que no.

Y en Sevilla, junto a su anciana madre, a la que rinde el Bomba frenética pasión, un amigo, con tijeritas de oro, al valiente Ricardo la trenza le cortó. Y luego la madre dijo al Bomba así: —A Dios gracias te miro yo a mi lado, y tranquila y dichosa no lloraré por ti.



Algebra sello de la Academia de la Lengua. Le colocamos aquí por dos razones: la primera por la misma que dá ella a Azorín, porque si la segunda, porque debía emprender campaña contra el flamenquismo, que está arruinando el idioma; ¡lo único que nos queda ya!...

ningún país del mundo podía presentar tantas obras maestras. Pues bien, hermanos; ¿sabéis lo que produjo al Estado aquella Exposición? Retenedlo bien en la memoria: no llegó a ochocientas pesetas. Así, hermanos; aunque luego reneguéis. La estadística es el argumento moderno que más valor tiene en toda discusión.

Segundo dato.—Como todos sabéis, la suscripción *pro* Galdós va de mal en peor. Aquella aristocracia española—¡oh, Duque de Osuna!—que era la generosidad misma, que con cualquier motivo tiraba, como vulgarmente se dice, la casa por la ventana, y no se sabe por qué escatima hoy

Miscelánea Taurina.

Tres datos abracadabrantos

Tres datos que debéis tener en cuenta como elementos de crítica para juzgar la influencia de las corridas.

Primer dato.—Todos recordaréis aquella Exposición de las obras de Goya en el Museo del Prado, organizada admirablemente por el Estado y Exposición que era el orgullo de toda una nación, considerándose que



Una manifestación antitaurina, hecha dos o tres años antes de mi campaña, en Barcelona, que hoy tiene tres enormes plazas de toros. Los periódicos se mofaron de su *pequeñez* y publicaron esa fotografía con epígrafes jocosos. Hoy están vengados. Ese grupo fué grande cívicamente y nos enorgullecimos de testimoniársela nuestra más sincera admiración. Es así como *ja diñará la afición*, imitando ese civismo.

pañía saben y se preocupan de estas *simplezas*. Unos lo conceptúan de cien millones, otros gubernamentales lo bajan a treinta. Déficit es bancarrota, descrédito, impotencia y un suicidio en lontananza o un empréstito, lo que sería peor. ¿Importa esto? ¿Cómo nuestra Patria recibe esa desconsoladora noticia?

El otro día que se celebró en medio de semana una corrida *fenomenal*, los diputados, en su mayoría, se fueron a los toros.

De modo y manera que visto el abono formidable de la Plaza de Toros, los *lletos* de las corridas, el espectáculo bochornoso de una Asociación de la Prensa que se procura medios con una corrida *suya*, el espectáculo más escandaloso todavía de lo que los aficionados al *hule* llaman la *Semana gorda* y los 253 millones que anualmente tira el Pueblo a los toros... visto eso... pues... *nos alegramos de verlos güenos*.

La moral de la enfermería y de la capilla.

Cuando yo quiero comparar a cosa alguna de este pícaro valle de lágrimas la suciedad, recuerdo una enfermería de plaza de Toros. Cuando deseo hacer lo mismo con la hipocresía, me imagino una capilla de plaza

pedido a las Cortes por Galdós una pensión nacional.

A cambio de eso apuntad en vuestra memoria, si no la habéis perdido, que el beneficio de la Princesa *pro* Galdós arroja un total líquido, es decir, gaseoso, de novecientas veintitrés *beatas*, o sea el precio de un loro. Si la Guerrero y su marido *no acuden al quite* y añaden de su bolsillo mil pesetas... ¡miau!... El déficit de Hacienda pone los pelos de punta a los dos o tres hombres que en Es-



Una escuela de Tauromaquia. De estas escuelas, tan funestas, hay en España a la hora presente 25. Alguna de ellas en pueblos de no mucha importancia. Parece mentira que se permitan, que nadie proteste, que estas necesidades tan trascendentales sean una honra nacional.

de Toros. Yo denuncio a la Ciencia, en nombre del doctor Lister y el doctor Doyen, las

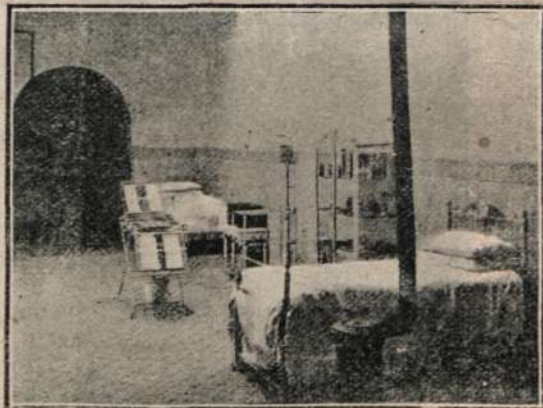
trescientas noventa y seis enfermerías de España y sus Indias. Asimismo denuncio al rígido sacerdote de Su Santidad las trescientas noventa y seis capillas. Demostremos que nos sobran dos quintales métricos de razones. Un cirujano que tenga espíritu científico y patriótico debe negarse a operar a un semejante que se dejó herir, que fué herido en lucha con una fiera, por ganar cuartos en esa lucha, que se suicidó porque le dió la gana; ade-



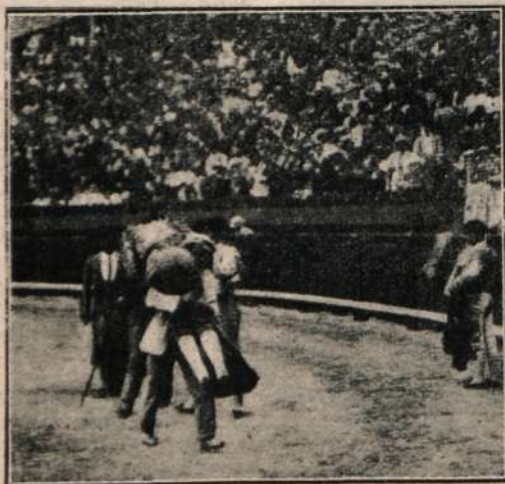
Carnegie, un millonario que sabe hacer uso de sus millones y no se parece a nuestros *adinerados*. Ha fundado centenares de escuelas, Universidades, Laboratorios, el Palacio de la Paz, dotes para estudiosos y que sepamos ninguna iglesia. Así, con esa *cruza* de San Vicente de Paul, ese hombre es uno de los santos laicos que nos hacen falta. Aquí solo se fundan Plazas de toros, iglesias y cátedras de tauromaquia.

más, debe negarse a operar en un recinto antihigiénico, reñido con todas las condiciones de la buena asepsia, sin otro arsenal de cirugía que el deurgencia. Y debe negarse porque se lo manda la Medicina legal. Y debe negarse, porque es absurdo, trágico y ridículo pegar al redondel una sucursal del quirófano donde la Ciencia cure las barbaridades y las audacias ilegales de

los hombres. ¿No es esto más bochornoso que si un suicida pidiera antes el auxilio de un médico? Un hombre que por ganarse seis mil pe-



Una enfermería de Plaza de Toros. Es indigno de la Ciencia más alta de los Ciencistas—cuyo objeto, curar el dolor físico, no puede ser más santo—, el establecer estas clínicas trágicas a disposición de un hombre que se juega la vida porque se lo pagan.



El torero cogido es llevado a la enfermería del modo heroico que *veis* *todos* *ustedes*. Reflexionad en lo que somos; *nd*. Basta un toro listo para que enseñemos las posaderas de un modo lamentable.



Los *Ídolos*, de Vázquez Díaz. Nuestros artistas en París dan idea de nosotros en estos cuadros malos o buenos. Y si somos así, ¿por qué no decirlo aunque nos moleste?...



Los mozos arrastrando un toro enmaromado por las calles de un pueblo que no nos dá la gana nombrar. Después de la ley sobre capeas y otros *excesos* siguen dándose estos y otros repugnantes espectáculos indignos de la misma Hotentocia. ¡Y a esto se lo llama la escuela del heroísmo!... La estela sangrienta de nuestra degeneración; eso es lo que es.



Toros, de Goya. Soberbia fantasía que semeja un símbolo. Ese grupo—semejante a los que encuentran hoy los sabios en la gruta de Altamira—parece el balbuceo de un pueblo muy grande que ha vuelto a la niñez en plena ancianidad y es viejo y niño en monstruoso ayuntamiento.

setas en una o dos horas — seis gana un intelectual en doce horas — se arroja a una muerte probable, ¿qué ley moral puede invocar para que la Ciencia le arregle y le cosa los tejidos y vísceras dañados? La caridad es infame cuando pudiendo evitar el mal aguarda a que se verifique, y luego lo repara, con los ojos bajos y alzándose de hombros. La Ciencia, por su condición de absoluta, no debe hacerse



¿Qué Obispos tenemos!... ¿Quién les impedirá quitar estos lugares santos en la zahurda donde el pueblo se encanalla?... ¿Quién les aconsejará que en nombre de la tradición—semillero de toda heresia y superstición—se conserven estos sitios donde Dios o su madre se ven forzados a presenciar todos los tópicos de la majeza, guapeza, bitongueo y guasarapa viva? ¿No hay por ahí un Obispo que tenga *sindéresis* y alce su voz o rompa su báculo sobre las costillas de un pueblo loco?..

cómplice de las luchas del circo, y yo, dentro de mi humildad, invito a los jóvenes de San Carlos a informar acerca de este grave asunto. Un joven moderno, ¿puede aliar la Ciencia, laboriosamente adquirida, con las jactancias del matonismo, aun en su forma taurina? ¿Debe curar a un hombre, pudiendo de antemano evitar que se hiera o lo hieran? Y si

esto es así, y con diez millones de razones más, ¿por qué nadie se escandaliza, protesta e informa? ¿Por qué permite que a costa de estos lances— en la temporada pasadas a fueron diez los muertos y ciento sesenta y seis los heridos— su hospital viva?



Una visión, de Goya. Nunca nos cansaremos, hermanitos en cuernos, de reproducir cosas de Don Francisco. ¡Hace más de un siglo éramos así! Si hoy somos lo mismo ¿en qué han progresado nuestras costumbres? Y si la costumbre es la ley, ¿en qué sentido ha avanzado nuestra legislación? ¡Eh, los nenes con *meningitis* y diquelando a tiempo!...

a Jesús Nazaret a una barrera de sombra; suponed que el toro hiere a un torero; ¿creís que Jesús de Nazaret curaría a este hombre, material y espiritualmente, aunque las catorce mil almas se lo pidieran agitando sus catorce mil pañuelos? ¿Sois tan ruines, que creís que Jesús de Nazaret tendría compasión de un hombre que se entregó a la muerte por la ambición y la guapeza? Jesús de Nazaret se arrojaría a la plaza, y como el apóstol venerable del cuadro de Gerome separa los esclavos que se matan en el Circo Elavio. El se acercaría al toro, lo acariciaría, lo mandaría a trabajar para el hombre al campo y pondría en las manos del torero el mango del arado, diciéndole: «Puesto que quieres demostrar tu valor, ara». Pues, no señor, La Religión dice que eso está bien, que



Los toros, bitonguitos amados, son fieras domésticas y ahí lo estáis viendo. Y cuanto más bravos son más nobles. Porque el valor no es insultar colectivamente, ni torear con barreras, cuadrillas y demás instrumentos. Valor es tener paciencia, y cuando un día atenten contra nuestra vida, que vale tanto como la de cualquiera, *hacer* entonces lo que se pueda, sin otras armas que las que mamá naturaleza nos dió. Hemos dicho.

gro del que nosotros, sin esfuerzo alguno, podemos librarnos? Entonces decís que es canónica y santa esta oración torera:

Santísimo Cristo de las Angustias: Ahí fuera me esperen seis toros. Si mato dos me dan seis mil pesetas. Como es muy probable que me hieran, porque son muy burros, haz de tal manera que los mate yo de una «escá», «manque», sea pescuecera. En «último» caso, si me la «endiñan», recíbeme en tu santa gloria. Amén.

¿Afirmáis que esta oración, la que hacen todos los toreros, es moral, teológi-

una razón social titulada así:

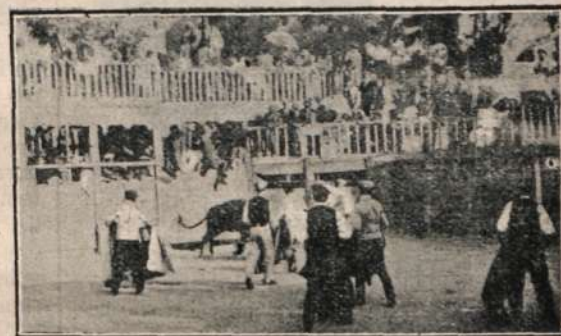
«Hospital & Plaza de Toros de la provincia de Madrid?»

Y si de la Ciencia tenemos que decir esto, ¿de la Religión qué diremos? Llevad



Una conferencia en favor de los toros dada en Pau (Francia) por un señor y con muñecos. ¡Oh, si yo quisiera darlas con gráficos auténticos y efígies desnudas de bitongos! ¡La órdiga y la verdiga...! ¡Ibamos a divertirnos poco! Y todo se hará, hermanos; que todo llega, hasta... la justicia.

ca, canónica y santa? Sí, cuando permitís en



Capeas. Hacéis muy bien en coleccionar las vistas de capeas que os damos. Ellas son documentos para que el dictador del bien que necesitamos pueda probar que su misión absoluta es un absolutismo de bien nacional.

las plazas las capillas, cuando no hacéis valer las Bulas condenatorias a que me referí el otro día, y con aquella grandeza moral con que los obispos detenían a las puertas de las iglesias los emperadores en pecado, no gritáis al pueblo y a sus Poderes públicos: «En nombre de Dios, prohibimos las corridas». Pero, ¡ca! Eso se hacía en el siglo III o IV de la Era Cristiana. Ahora nadie rechista. Se va a los toros como se va a la iglesia, y no hay fiesta que no se santifique con toros. ¿No hay por ahí un hombre religioso, de corazón, que haga notar a la iglesia, esta espantosa y abominable inmorandad?...

No lo habrá porque el mismo Felipe II tuvo miedo y respondió con un cobarde *non possumus* a la bula del papa Pío V.



El crepúsculo de una Nación en la que el sol no se ponía nunca. Asco, rabia, vergüenza, causa la visión de ese espectáculo. Sin embargo, nuestro pueblo es así. Yo sostengo, ante mis correligionarios que la revolución por ellos preconizada no ha venido porque ese pueblo gasta sus energías de ese modo villano, grosero, zafio y absolutamente estéril.



Plaza mayor de un pueblo, inmensa como las necesidades de sus habitantes, su alcalde nos perdona. ¿Es valor acercarse a un bicho entre tanta gente, acosarle, rendirle y entusiasmarse con sus sufrimientos? ¿Es digno del pueblo que engendró los libros admirables de Caballerías divertirse de ese rudo y agrio modo? No es digno, pero es... hacer lo que le da la gana, so tío ansioso..., que ni le parece bien y de tío se queja... ¡fosa que tiol!...



Uno de esos caprichos de Goya que admiran por lo sinceros y valientes. La ignorancia es supersticiosa y causa daños espantosos en las almas. Estas mismas almas suelen complicar la ignorancia con la agresividad y entonces la pereza armada hace un daño tan grande al País como cien nubes de langostas.

Entresaco de mis albums, este parráfico de un artículo en el que, como es natural, se me zahiere —¡cómo no!—pero que es un dato:

«No crean, sin embargo, Noel, y los pocos enemigos de la fiesta nacional que en España existen que la locura es de hoy. Recuerdo el ya famoso y casi apaleado detractor de la fiesta taurina y sus escasos amigos de grupo lo que pasaba en España en tiempo del conde duque de Olivares, Valenzuela, Haro, Oropesa, Portocarrero, los Ursinos, la Calderona, fray Froilán y el famoso duque de Lerma. Entonces asistía el clero a corridas en que



Anverso de la medalla que acompaña al premio Nobel. Pedida para Galdós ya que no inventásteis la dinamita. Pedida con la misma energía que empleáis en las corridas cuando reclamáis una oreja y la oreja—digo el premio—será de Galdós.

gón, 800; ídem de la Inquisición, 548; ídem de Flandes, 600; ídem de Indias, 121; ídem de Ordenes, 662; ídem de Hacienda, 19.500, ídem de Cruzada, 600; la Villa, 12.500; el Reino, 12.400, la Junta de Portugal, 200; ídem de Aposentos, 600.

En 1653 se, levantó con motivo del nacimiento del infante Felipe Próspero, una plaza de madera que costó 112.804 ducados.

Y por entonces se escribían también libros tan curiosos como los de ahora sobre las lides taurinas y sus maestros:

El estilo de torear y jugar cañas, Reglas del toreo, Reglas de torear, Cartilla de torear, Advertencias para torear, Arte de torear y otros muchos.

En tiempo de Felipe III se imponía un cuarto sobre el aceite para el sostenimiento de los juegos de cañas y lides taurinas.

No hablemos de los intentos de supresión de la fiesta nacional.



Retrato del Buñolero. No se por qué viendo a este pobre anciano entre el anverso y reverso de las medallas de Nobel se explica uno la razón por la que Nobel no nació en España.

puesto de gitanismos y de andalucismos truncados; a veces usa frases de auriga asturiano o interjecciones de carretero aragonés; las frases hechas en el lenguaje andaluz no permiten esas intrusiones; los andaluces tenemos nuestro lenguaje propio, falto de letras casi siempre, pero rico en sin taxis, hasta el extremo



Capricho, de Goya. Un asno escribe, ¡Cuántos plumíferos de esos que me insultan me recuerda ese asno!... Porque es lo que ellos dicen:—Noel escribe contra los toros porque ha fracasado en otras cosas.— ¡Ya lo creo que ha fracasado! Estuve en la guerra y lo peor fue lo que yo escribí. Después he emprendido esta campaña y todavía solo me han contestado con burradas indignas del buen sentido de los burros.



Reverso de la medalla Nobel. Pedid para Galdós el premio Nobel con la misma energía que insultáis en las Plazas a la autoridad competente, y el codiciado y merecido premio sería para don Benito.

de que hay quien no sabe leer ni escribir y ensarta un período sin que le falte un solo elemento.

De esto resulta que el castellano en boca del andaluz adquiere condiciones fonéticas gratas al oído, y que dan al idioma encantadoras suavidades.

El secreto especial de la fonética

andaluza consiste tan sólo en suprimir las letras duras y ligar las finales.



Otra capea. El derecho a divertirse de un pueblo es indiscutible. Pero el Estado tiene un deber, que es el de intervenir en la finalidad moral y cívica de esa diversión. Cuando esta es un contrasentido moral y una inversión de la mentalidad colectiva el Estado tiene derecho a cambiar por otro un espectáculo público.

se lidiaban hasta 26 toros, y vean los descuentos de ahora lo que en 1653 pagó por presenciar una lidia la flor y nata española.

El Rey, por los tablados de sus servidores, 149 ducados; la Reina, 22; el Consejo de Guerra, 800; ídem de Castilla, 4.300; ídem de Ara-

Lo flamenco según un andaluz.

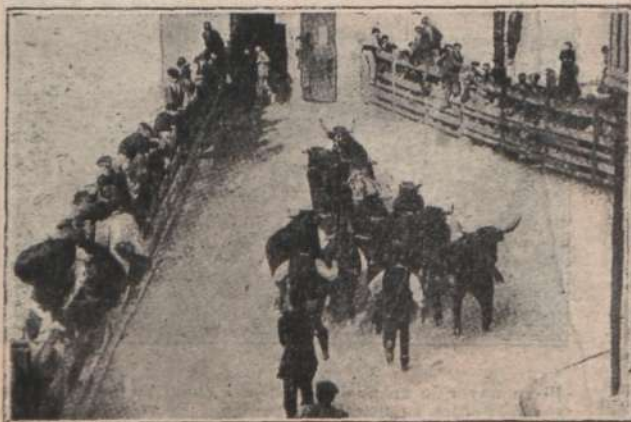
Con la chula, degeneración de la flamenca o de la gitana, no ocurre lo propio. Chulas y ratas, flamencos nuevos y andaluces falsificados, se encuentran propicios para todo género de alianzas, y no guardan esos pruritos genealógicos que parecen demandar un blasón partido.

Este solo detalle separa de un modo notable al flamenco de pura sangre y al flamenco bastardo, y pone de relieve la falsedad del metal, como dice una copla gitana.

Si entráramos en el análisis de estas particularidades, y siguiéramos la existencia nómada de los hijos de Geth a través de los pueblos, veríamos cómo conservan, lo mismo en España que en Italia, tanto en el Norte como en el Mediodía, sus usos y particularidades. El llamado flamenco no guarda del gitano más que los timos y la gracia picaresca, ya alambicada y reducida a la quinta esencia, o ya diluida y maleada. Su charla es un com-



La educación de un fenómeno. Un torero viejo retirado enseña a un fenómeno hoy en candétero. Bendito sea Dios y cómo decimos lo que somos. Cuando en Berlin. — Nuestro periódico va a Alemania, señores flamencos— vean esto, dirán: —A falta de un Haackel y de una Universidad como la de Tena, buenos son países de garabatillo en redondo metiendo la cadera y dando el tobillo al bicho pa que la, pez uñadel ídem sea tangente a un círculo concéntrico a la metonimia de la poca lacha. Chanelando, hermanos.



Un encierro en una gran población del Norte. ¡Y pensar que aquella provincia sostuvo siete guerras civiles por un miserable artículo de un testamento para venir a parar a la barbaridad de las corridas!... Siete guerras civiles debía provocar ese espectáculo salvaje, celta, necio, que nada prueba, que lo está devorando todo.



Variante en las capeas. Coleccionadías. Ellas os dirán que España no sabe ni quiere divertirse de otra manera, y ello basta para demostrar que Noel y el Melenas tiene razón.



Un dibujo simbólico de Ramón. Así está España, como esos durmientes y por causa de los otros... *juerguistas* que no duermen.

La frase «flamencos» aplicada a aquellos que tienen apego al canto gitano, al *caló* o jerga egipciaca y hebrea usada por algunas tribus nómadas del Oriente, al baile que recuerda el de la bayadera y a las costumbres



Véase la escuela extranjera del grabado número uno veréis lo que queráis ver.

de los barrios bajos de algunas de nuestras poblaciones meridionales; el dictado, repito, propio de los hijos de Flandes, no empezó a usarse por lo menos hasta la venida de Carlos V, en que juntamente con los flamencos vinieron a España infinidad de hijos de Geth, cuyas correrías habían llegado hasta aquellas ciudades.

El flamenco, como lenguaje, nada tiene de andaluz, pero no podemos afirmar del mismo

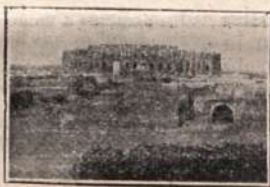
modo que no tenga nada de gitano: lengua vulgar de las dos Flandes belgas, de todo el Brabante del Norte y de una gran parte del Mediodía en la época de las célebres guerras con España, no tiene nada de particular que en ella se nutrieran las tribus nómadas que eran a la vez huéspedes familiares en España.

El *coreo flamenco*, baile usado en los campamentos y en las tascas, y que, según notas que creo fidedignas, era muy semejante al que hoy conocemos por gitano también pudo dar la ocasión a que se confundiera al gitano con el flamenco. En cuanto a la escuela de Teniers y Van-Ostade,



Un torero francés con bigote y todo. Indudablemente el bigote fué causa de que no cuajara.

para hallar notas semejantes. La manera de peinarse, es decir, de enmarañarse el pelo sobre la frente; el aspecto de aquellos rostros amarillos y de aquellos labios sanguinolentos, dicen que entre una taberna de Van-Ostade y una tasca de Triana llena de flamencos de la Cava, hay muy escasa diferencia. Velázquez



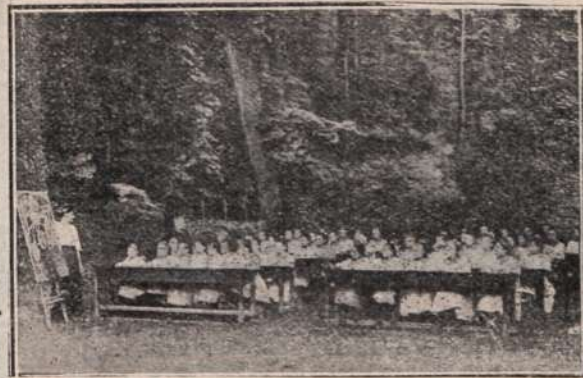
Los romanos que conquistaron el Africa del Norte dejaron esta huella de su paso. Nosotros vamos a hacer en Melilla un circo de estos y en eso nos pareceremos a los romanos.

en sus *Fraguas de Vulcano* no sabemos si copió gitanos o flamencos. Que aquellos flamencos que engrosaron las

filas españolas en la época de las guerras de Flandes eran malagente, allegadiza, y acaso gitanos y zingaros

de vida nómada y desalmada, nos lo dice la historia en estas palabras de un capitán del Duque de Alba: «Mis soldados no arrostran con hombres desesperados y perdidos que se acogen a los destrozos y matanza fugitivos de los males de la extrema pobreza.» Estos flamencos bien podían ser gitanos. — ¡Se armó un Flandes de mistó! es un timo flamenco.

No he podido hallar una nota segura de estos asertos que se fundan en el aire y que sólo justifica una tradición ya muy extendida en el Mediodía de España; flamencos y gitanos son hoy sinónimos para nosotros, y el cante que conocemos hoy con ese nombre, si no es precisamente el coreo de Flandes, puede ser uno de sus compuestos. Por otra parte, ni en libros ni en diccionarios se da la acepción que damos nosotros a la palabra *flamenco*, y la tradición oral nada aclara acerca de tan rara nomenclatura: hay que admitir el dictado y dudar del hecho.



Véase la escuela española del grabado número dos y veréis lo que es bueno.

Ahora bien: ¿es el gitano el andaluz? ¿Puede confundirse el andaluz con el flamenco?

Esta es la cuestión que importa dilucidar a los andaluces, para que el flamenquismo no pueda perjudicar su buen nombre; para que no pueda asegurarse por los que explotan las aficiones del chulo y del flamenco de Lavapiés que Andalucía es una jaula de locos.

El cante y el baile gitano es una manifestación como otra cualquiera, que se presta a los caprichos de los que han procurado explotarla.



El coco, el *espantapájaros*, de Goya. La ironía acre, profunda, que era un pensamiento y un navajazo ha logrado en este capricho fijar uno de los aspectos del alma nacional; la credulidad, el miedo, al coco, Néciamente finchados lo creemos todo. Con tal que no haya molestia en el pensar estamos dispuestos a aceptar toda clase de embelecos.

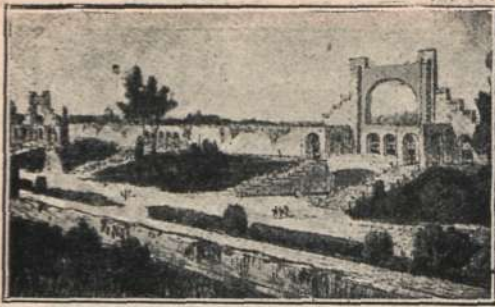
El *café cantante*, que nació en Francia, como lo indica el galicismo bárbaro que le da nombre, lo mismo puede existir en Andalucía que en otra parte cualquiera.



Los amigos del diestro (caricatura de Muller) ¡Cuántas veces al pasar los ojos por una fotografía taurina nos encontramos con los famosos amigos y admiradores de los toreros; con esas caras que de balde son caras, como dice el pueblo, rostros en los que la estupefacción de sentirse inferiores a su *nene* los tiene, ¡ay!, en estado de *canuto*!



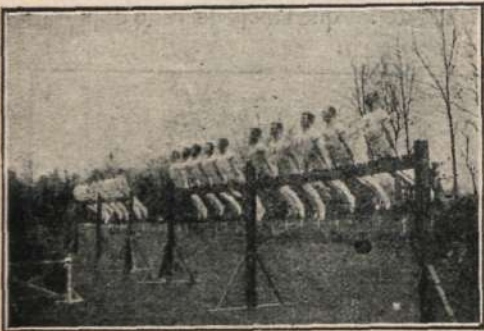
Tolstói trabaja. Este escritor, el más grande del siglo XIX, era al mismo tiempo un hombre de una integridad moral al nivel de su talento. Si hubiera vivido en España y no se lo hubiera comido el ambiente macabro que nos envuelve, Tolstói habría *trinado* contra las corridas y su fruto silvestre, el flamenquismo.



Entrada a un estadio moderno. Sencilla, fuerte, grave y al mismo tiempo bella, sugiere un palenque de torneos nuevos en los que la salud y la fortaleza del hombre no sirven de diversión, sino de enseñanza.

Toros y política.

Los círculos políticos son, moral e intelectualmente, hermanos gemelos de los círculos taurófilos o taurinos. En unos y en otros se ensalza o se deprime a las personas, se encomia el valor y se barrunta el hule o la crisis. Políticos y aficionados se agrupan en banderías idolátricas. La única diferencia esencial estriba, únicamente, en que el personal taurino se renueva, mientras que permanece estancado el político. En tauromaquia se dan fenómenos; en política predominan los maletas.



Esos hombres extranjeros—claro está—no necesitan ir a los toros para tener patente de masculinidad ni procurarse emociones trágicas en las que emplean el histerismo que consume a las razas degeneradas. Es así como el hombre moderno debe disipar sus ocios y procurarse una diversión. Por entenderlo de otro modo nosotros estamos chálidos perdidos.

La forma de expresión es tan una en ambos redondeles, que el extranjero conocedor del idioma dudaría muchas veces si oía a políticos o a aficionados. «Tiene mucha mano izquierda ese tío.» Esta frase, por ejemplo, es vulgar en el Gran Café y en el Salón de Conferencias. Esta otra, muy oída en la calle de Sevilla y en la plaza de los Ministerios, lo mismo puede

aplicarse a un ministro que a un torero: «El marrajo ese, por poco si le da un disgusto.» Montes es el mejor tratadista de derecho político que ha habido en España. El arte político es una lidia de personas, el arte taurino es la de reses bravas. Total, igual. Hay toros que hasta saben latín, y hay políticos que no saben más que defenderse a la querencia de una posición.

Esta animación, este revuelo, en torno de una supuesta crisis, demuestra lo que es la afición política. No ve más que suertes de torero, es incapaz de apreciar otra cosa. Pide otro ministerio, como exige «¡otro toro!» Aplauda al

gobernante hábil que elude el planteamiento de un problema o la resolución de una cuestión, con la limpieza artística usada por un diestro para recortar a la fiera, para burlarla con un farol, con un gallo o con unas cuantas verónicas. Y no se estima ni se aprecia más que ese arte, que la majeza y que la competencia de unos diestros con otros diestros.

Cuidado si hay ahora en qué pensar, de qué preocuparse, por qué inquietarse. El malestar económico, la amenaza de tirar al mar 300 millones, la probabi-



Una ciudad alemana (Lámina del libro Los Pogresos modernos de Alemania.) Visión alucinadora de poderío, fortaleza colosal de pujanza. Ella revela que el trabajo sirve de base al gran imperio que ha sabido imponer al Universo su industria y su pensamiento hasta el punto de que el Universo se pregunta cual es más grande allí, si el pensamiento o la industria. Ahora, bajad la vista al otro grabado grande de la plana y comparad... ved si nosotros podemos oponer alguna otra cosa a esos países si no es el pasado, ese fantasma repugnante que nos ata y nos da argumentos para disfrazar de hartazgo lo que es pereza brutal para buscar comida.

lidad de nuevas campañas en el Rif si los mineros alemanes, como ya anunció el Sr. Rodés en su notabilísimo discurso, meten prisa al

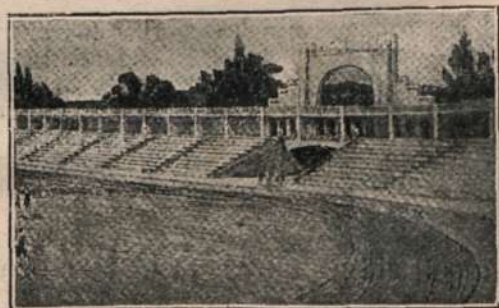
Gobierno español, varios síntomas desagradables, como el no haber ido a Argelia, cual acostumbra, en este año los rifeños de Alhucemas, debieran ponerlos sobre aviso; la calaverada de las alianzas también es para meditar; en menor escala también es digno de reflexión el proyecto de Mancomunidades, y de alarma el desarrollo de los requetés jaimistas, preludio de otra guerra civil; pues nada de esto tiene público, constituye tema de conversación en los círculos políticos, ni anima a la afición. Aquella pregunta famosa en el reinado de Isabel II, ¿están contentos los Conchas?, se repite hoy, aplicándola a tres al cuarto, a verdaderos

personajes de zascandiles.

(De El País.)



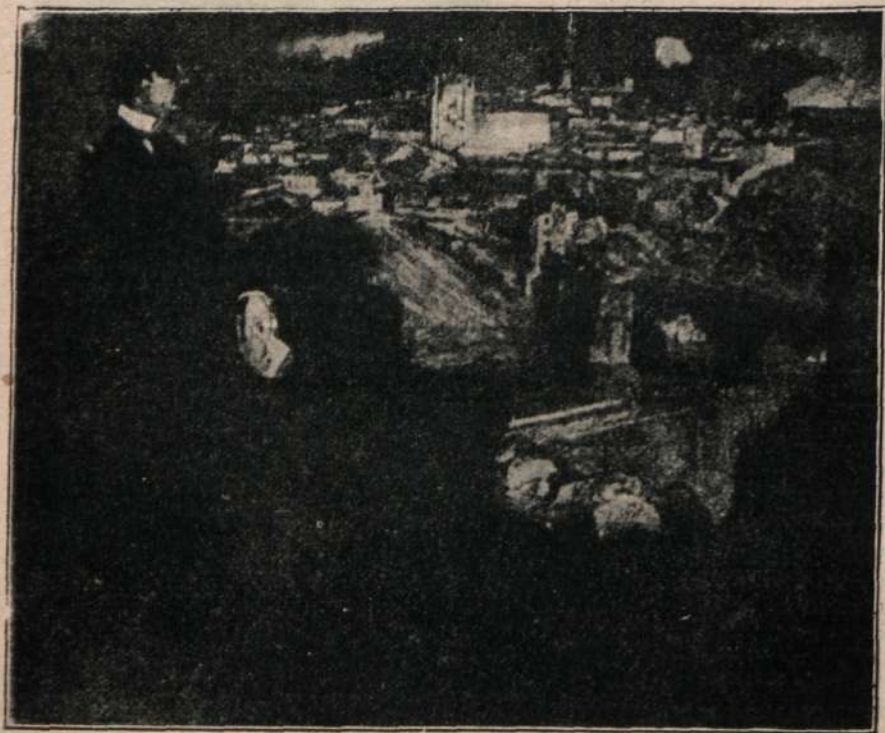
Un príncipe alemán entrenándose para asistir a los juegos olímpicos que han de celebrarse en Berlín en 1916 (el año del Quijote, hermanos, no lo olvidéis; que ya molesta ese pisapapeles de Cervantes de la Plaza de las Cortes vergüenza de un País.) El tal príncipe le sugiere a uno ganas de naturalizarse alemán. Aquí... buenos a Dios gracias. Lo mismo nos dan los juegos olímpicos del 1916 que el Quijote, que la Biblia. El caso es tener cuatro corridas seguidas y andar de burro, choteo y burreo.



Interior de un estadio. Los hombres que se sienten en esa galería—estad seguros—no dirán a los atletas lindes como estas:—¡Anda tumbón, mariconazo, maldita sea tu madre, a ver si crees que se va a perder algo con que mueras arrastrado!...



Un estadio. Vuelven los bellos días de Grecia, y las ciudades de hoy, como las ciudades de hace siglos, tienen estadios y teatros en número grande. Porque las pasiones que los cómicos alaban o combaten se engendran en la debilidad o fortaleza del cuerpo que el estadio arroja a la circulación de la vida social.



Una ciudad española (Mauricio Barres y Toledo, por Zalcagá). Nosotros podemos Altos Hornos en las regiones del Norte, pero nuestra fuerza son estas viejas ciudades, museos provocativos, que hablan al alma de días grandes, pero pasados. A Goethe podemos oponer el Greco, como a la Universidad de Howard los colegios de Salamanca. Vivimos de añoranzas embriagadas con una fuerza añeja, ya muerta, que no hemos sabido cambiar en sobresfuerzo. Es así como España, hundiéndose poco a poco en el sueño de su arte viejo y poderío secular, se inutiliza como país moderno y se corrompe como una carroña que fué algo.